



Dos doctrinas: una fácil y otra difícil

LA FACIL

¡Hombres, gozad!
¿Gozas en el poder? ¡Busca el poder! ¿Gozas en la gloria? ¡Busca la gloria! ¿Gozas en las riquezas? ¡Busca las riquezas! ¿Gozas en los placeres de la carne? ¡Busca esos placeres! ¿Gozas en la venganza? ¡Véngate! ¿Gozas en el daño de los demás? ¡Procuralo! ¿Gozas en la holganza? ¡Sé holgazán! ¡No trabajes! ..
La fuerza de esta doctrina es como la del aceite: se difunde sola; se empapa sola.....

¿El talento para su difusión? ¡No lo necesita!

Se adelanta al talento.

Pueden predicarla los ignorantes con la seguridad de tener adeptos.

¡Aunque no la predique nadie ella de por sí se predica! Y se mete en el corazón de los ricos y en el de los pobres..... ¡Ah! es que esa doctrina, no es doctrina; es un veneno, el veneno de la depravación del pecado original...

LA DIFICIL

La doctrina difícil es la que dice:

¿Sientes inclinación a la soberbia? Sé humilde! ¿Te atraen las riquezas? ¡Dalas! ¿Sientes la rebeldía de la carne? ¡Mortificala; sé casto! ¿Gozas en la comida? ¡Aynnal! ¿Gozas en la venganza? ¡Perdona y ama a tu enemigo! ¿Te dá tristeza el bien de los demás? ¡Dedícate tu mismo o pro-

curarlo! ¿Gozas en la holganza? ¡Trabaja!

Es decir: haz lo contrario de tus malas inclinaciones; lucha contigo mismo, sufre; abrázate con una cruz: sé mártir.....

La doctrina fácil es la del materialismo y todas sus secuelas: el socialismo, el capitalismo.....; es la doctrina de los sin Dios y sin Religión.....

Esta doctrina no ha tenido jamás ni apóstoles que se sacrifiquen por ella; ni mártires que la confirmen con su sangre; ni confesores heroicos; ni vírgenes.....

¡No los necesita!

La doctrina difícil es la de la Religión Cristiana.

Ella no es seductora por sí misma.

La crucifixión, repele.

Por eso esta doctrina severa ha sido preciso que tenga apóstoles que la prediquen a pié descalzo; doctores que la expliquen, encendidas brillantes antorchas; confesores que atraigan con el ejemplo de sus virtudes heroicas; mártires que la confirmen con su sangre; vírgenes que la embalsamen con el casto aroma de las flores blancas de su pureza.....

La doctrina fácil, como es veneno, mata como el veneno.

La doctrina fácil del goce de las cosas terrenas, tiene como término el *homo hominí lupus*: el hombre lobo.

¡Es natural!

Los goces terrenos como las fies-

ras, no caben todos juntos en el mismo circo.

El hombre materializado, el animal, cuando para sus festines necesita víctimas, sacrifica, como lobo, víctimas, para gustar su carne y saciar sus apetitos.

El desenfreno de los apetitos lleva a la anarquía, al canivalismo, a la barbarie.....

A veces, de la anarquía se pasa, por caminos de sangre, al despotismo; para volver del despotismo a la anarquía.....

La doctrina fácil, es gustosa, como los venenos, cuando se comienza; va destrozando el organismo social en su carrera, y acaba por producir la más desastrosa muerte.....

La doctrina difícil es amarga; su sello es una cruz; su gusto es el de la mirra.

Comienza por reprimir, por disciplinar, por sujetar todas las acciones al orden de la razón.

Así como el goce propio conduce al sacrificio de los demás; el sacrificio propio conduce al amor de los demás.

La doctrina difícil en su predicación; severa con las pasiones propias, se convierte en bálsamo de caridad,—que es unitiva,—en el orden y trato social y hace de todos los hombres una sola familia en la que todos los hermanos tienen un solo corazón.

Del sacrificio de los apóstoles, de la sangre de los mártires, del heroísmo de los confesores y de las vírgenes se ha alimentado esa fraternidad

cristiana, nacida en el Calvario y regada con la sangre de Jesucristo.

Quédese el materialismo y sus hijos el socialismo y el capitalismo con la doctrina fácil; nosotros nos abrazamos con la difícil, que es la hija de Cristo, sanadora de la humanidad, sumario de virtudes heroicas y llave de cielo.

L. ALMARCHA

CASOS Y COSAS

Ha terminado el Congreso Eucarístico de Sydney.

A la procesión han asistido más de doscientas cincuenta mil personas; los espectadores han pasado de seiscientos mil. En la comunión participaron más de trescientos mil fieles.

El triunfo de la Eucaristía en Sydney ha sido esplendoroso.

Y sube de importancia el acto si se considera que Australia es un país protestante en el que hasta principios del siglo XIX no hubo clero católico.

En un siglo apenas, han llegado los católicos a constituir la tercera parte de la población.

¡Jesucristo reina!

Se le rinde homenaje en Europa, en Asia, en Africa, en América, en Oceanía...

Cuando aun estaba fresca la tinta de la firma del pacto Kellogg, en una sesión de la Sociedad de Naciones, Brian y Stresseman se han mirado de reojo, diciendo ambos para su capote:

—¡No me fio!

La prensa alemana dice que Briand ha estado reservón.

Esperaban los alemanes que después de tanta marcha real en honor del famoso pacto, Francia estuviera más expresiva.; pero la dama republicana se ha mostrado esquiva con gran descontento de la otra dama republicana de allende el Rhin.

Dentro de la Sociedad de Naciones está la Comisión del Desarme.

El nombre indica ya la finalidad de la comisión.

Allí dentro están representadas

todas las naciones, aun las no pertenecientes a la Sociedad.

No se trata más que de como reducir o suprimir los armamentos de guerra.

Así llevan años y años; pero los armamentos no se suprimen, ni decrecen.

En una de las últimas sesiones el representante de Hungría se llenó de razón, que le sobraba, y dijo:—Es menester comenzar a hablar claro.

Los diplomáticos se escalofriaron.

Hablar claro en diplomacia es decir malas palabras.

El representante húngaro añadió: Los Estados desarmados están rodeados de otros que aumentan constantemente sus armamentos. Tenemos tres mil cañones enfilados hacia nosotros y nos rodean quinientos mil hombres sin armas.

¿Y que ha contestado la Comisión del desarme?

Nada. Llamarle al pan, vino; y al vino, agua.

El Observatore Romano se lamenta de que para probar la capacidad y resistencia de los motores de automóviles se acude a carreras innecesarias en las que, por afán de exhibicionismo y propaganda, se pone en peligro la vida de las personas.

Y se lamenta mas aun de que luego de ocurrir una desgracia en la que pierden la vida varias personas, se siga la carrera y se termine con vítores y aplausos al triunfador.

Esto es volver a las costumbres bárbaras de los paganos; esto es retrocer a los tiempos del circo...

La fiebre de la velocidad automovilística produce más víctimas que la fiebre maltesa, o palúdica y quizá, a la larga, más que el cólera.

¿No será hora de tratar la fiebre de la velocidad como una fiebre epidémica?

Ha aparecido en el mundo una institución nueva que pretende regenerar a la humanidad haciendo convivir *fraternamente* a masones, judíos, católicos, mahometanos, budistas, etc.

Para unir a tan heterogéneas gentes se asienta sobre el materialismo y sobre el racionalismo y aun sobre el ateísmo.

Sus novísimas iglesias se llaman clubs.

¿Creen Vds. que esa amalgama es posible?

¿Creen que los católicos pueden ir a dar el brazo y convertirse en uno de tantos con masones y budistas y mahometanos?

Creen que pueden dar por bueno de algún modo el naturalismo, el racionalismo y aun el ateísmo?

¿No?

Pues algunos opinaban que sí.

Pero un obispo ha levantado su cayado pastoral y ha dicho que: «los buenos católicos no pueden estar dentro del rotarismo; no pueden ser rotarios; el rotarismo es malo.»

No era menester la declaración para los que tienen ojos y ven; pero ha sido necesario para los que se han empeñado en juntar la luz y las tinieblas.

A. Hernán

Usted... no es nadie

Hace pocos años me hallaba yo en una parroquia inglesa, suplicado al único sacerdote católico que en ella había y que estaba disfrutando de un mes de vacaciones. El pueblo en que está enclavada la parroquia se halla enclavado en la carretera que va de Londres a la aristocrática y concurrida playa de verano Clacton on Sea. La grey que se me había confiado y a la que yo atendía con todo esmero, se componía de 63 católicos — el pueblo tiene tres mil almas — incluyendo los tres monaguillos; pero excluyendo, cosa que aquí a nadie extrañaba, a la misma madre del señor cura, que era metodista, y a la criada, que era presbiteriana, con las que vivía en amigable consorcio, aunque me mataban de hambre y, lo que es peor, me fumaron el buen tabaco que yo llevaba de España: quizá los pitillos tuviesen más eficacia que mis sermones para ablandarles el corazón, pues hoy las dos son buenas católicas.

Por aquel pueblecito, tan limpio, de casas tan uniformes y tan bien

situado, transitaban innumerables ómnibus, automóviles, motocicletas etc., llevando y trayendo veranantes de Londres a Clacton y viceversa. Algunas personas, muy pocas, se detenían a visitar el Sacramento, y proseguían el viaje después de tomar el imprescindible té en cualquiera de los infinitos tea rooms que allí había.

Una tarde de mucho calor y de mucho hormigueo de toda clase de vehículos por aque- la hermosa carretera; una de esas tardes que dejaban molidos a los dos policías que había a cada extremo del pueblo agitando los brazos en todas direcciones para regular el tránsito; una de esas tardes, digo, hallándome yo en la iglesia, entró, soplando recio y soplando fuerte un sacerdote muy voluminoso y muy encarnado, el cual se arrodilló con tanto estrépito que bien creía me iba a desveneljar un banto o a hundir el piso. Rezó fervorosamente a media voz, suspirando y resoplando a la vez, y terminó por derramar lágrimas como garbanzos junto al altar de la Virgen. Cuando comprendí que se disponía a salir, me adelanté, le esperé a la puerta y, después que le huba saludado, le ofrecí el té, a lo que no se negó, como no se niega ningún buen inglés.

—¿Es usted de Irlanda? — me preguntó.

—No, señor; español, para lo que guste mandar — respondí.

—¡Oh! ¡Allí todos son católicos!... ¡Oh español! ¡Oh la Pilar! En España no hay protestantes. Aquí son una peste.

—En España hay algunos protestantes, pero casi todos son extranjeros — añadí, — y andan escondidos como los conejos. La Virgen del Pilar nos protege.

Subimos charlando como si de antes fuéramos conocidos; tomamos un té ilustrado, dicho sea en honor de la madre de señor cura; y aquel hombre tan fornido, que parecía tener por corazón una arroba de mantequilla, entre otras muchas cosas, me dijo que antes había sido pastor protestante; pero que se había convertido gracias a la Virgen y con ocasión de un suceso muy solemne para él, el más bochornoso de su vida, a la par que el más glorioso.

—¿Y se pueden saber — le pregunté — las circunstancias de su conversión?

Se arrellanó en un sofá que había junto a la ventana, sacó la bolsa del tabaco, llenó la pipa, dió dos o tres chupadas profundas y sonoras, que estallaron como besos de vieja, y dijo:

—Sí, Padre español; si se pueden y se deben saber las circunstancias de mi conversión, para gloria de la Virgen y para confusión mía. ¿Ha oído usted hablar de ese pueblecito que hay cerca de aquí, donde un filántropo dejó el premio quinquenal de un puñado de libras esterlinas para el matrimonio que no haya reñido ni tenido la menor desavenencia en cinco años?

—Sí, señor; conozco el pueblo; estuve en él, y allá oí hablar de tan extraño concurso. Por cierto que fui con varios amigos y tomamos el té en casa de un matrimonio premiado; si bien nos dijo el señor que a su cara mitad le parecían aquellos cinco años un terrible purgatorio; pero que la perspectiva de las libras y alguna que otra seria advertencia de él a medias palabras le habían hecho aparecer como la más feliz y mansa consorte del mundo. Aunque bien se desquitó apenas tuvo las libras en la mano, y más sabiendo que ningún matrimonio puede ganar el premio dos veces.

—Pues a dos millas más allá de ese pueblo estuve yo de pastor algunos años. La Iglesia, como casi todas las de Inglaterra, había sido católica y apenas quedaba en ella más recuerdo de catolicismo que una hermosa estatua de la Virgen con el Niño en brazos.

—También he visto la iglesia, que es de puro estilo gótico, y aún conserva las preciosas vidrieras iluminadas con los misterios de la Vida y Pasión de Nuestro Señor y los cuatro Doctores de la Iglesia. No puede usted figurarse lo que me dolió ver allí a mi gran Padre San Agustín sufriendo tantas profanaciones.

—Que sufra algo — me dijo son tono humorístico — que también sufre en el mismo sitio el Salvador; aunque realmente no sufren, sino que nos están esperando, porque no tardarán esas iglesias en volver al verdadero culto.

—Que Dios le oiga.

—Siguiendo mi historia, le diré que algunos vecinos del pueblo quisieron destruir la estatua de la Virgen; a mí no me daba frío ni calor tal

estatua, y para evitar discusiones determiné sacarla de la iglesia. Fui allí muy decidido, me puse a contemplar despacio, cosa que nunca había hecho; y al ver a la Virgen tan hermosa, tan humilde, reflejando platicidez y santidad y con aquel Niño rizado y sonriente, que parecía mirarse en sus ojos, me sentí como avergonzado; se apoderó de toda mi ser un escalofrío, un miedo... vamos, no sé cómo explicarme a aquella impresión; pero el hecho fué que retrocedí unos pasos, miré a un lado y a otro, como si fuera a cometer una mala acción, y me retiré sin atreverme a tocar la estatua. Desde entonces jamás volví a pasar junto a aquel idilio materno que no sintiera gusto en mirarlo; llegué a persuadirme de que la iglesia quedaría fría y muerta si se quitaba de allí a la Virgen. Calmé con especiosas razones a mis inquietos feligreses, y conseguí que se dejara a la Virgen en el templo, aunque a la entrada.

—Allí la he visto yo; no sé si esperando salir pronto o que le den el puesto debido.

—Y se lo darán; irá al altar mayor; no lo dude usted.

Sacudió la ceniza de la pipa, golpeando ésta contra el tacón de la bota, guardó la pipa, miró unos segundos al suelo y después, levantando la cabeza, exclamó:

—Ahora viene lo bueno, ahora viene lo bueno, Padre español. Cada vez que lo cuento se me pone el corazón como una castaña pilonga. Yo solía pasar casi toda la semana en Londres, pues de la parroquia sólo me preocupaba por la colecta de los días festivos. Me hallaba una tarde en el Hyde Park Corner esperando un autobús que me trasladase a la fonda, y con la aglomeración y el movimiento que allí hay siempre sucedió un percance fatal, no obstante toda la serenidad y todas las precauciones de nuestros insuperables policías. Un señor como de cuarenta años, fué atropellado por un automóvil. Las personas que estaban próximas le retiraron a la acera; se arremolinó la gente, puso orden el policía y trataron de levantar al herido para condeirarlo al hospital que está en la misma esquina, pero el señor, que se veía morir no permitió que lo tocasen, y pedía con insistencia un sacerdote que le absolviese. Me acerqué yo al moribundo y me

dispuse a darle la absolución en inglés. Mas él, iluminado por una súbita inspiración, abrió los ojos, clavó en mí una mirada fija y penetrante, y me preguntó:

—¿Es usted un sacerdote católico?

—No—le respondí— soy protestante, pero es lo mismo.

—¡No, nó, no me absuelva usted, por Dios; quiero un sacerdote católico!—replicó el moribundo con voz débil.

—Pero si yo soy...

No me dejó concluir la frase. Abrió mucho los ojos; reconcentró todas sus energías, y con un gesto que expresaba a la vez desaliento por el trance en que se hallaba y compasión y repugnancia hacia mí, exclamó:

—¡Usted... no es nadie!

Y, volviéndome la espalda, se dejó morir, invocando el dulce nombre de Jesús.

Aquella mirada, aquella expresión y aquella actitud me dejaron anonadado. Me levanté, pues me sabía arrojado, miré en torno mío y observé la burla y el desprecio con que todos me contemplaban. Avergonzado, corrido, ciego ante aquel bochornoso desprecio, tomé el primer taxi que vi y marché a esconderme en la fonda. ¡Qué cuatro días de negras cavilaciones pasé! No sé por qué razón asociaba yo aquel terrible cuadro, que nunca se me quitaba de la vista, con la estatua de la Virgen con su Niño, siempre sonriendo. ¡Yo no era nadie! ¡Me lo había dicho un hombre cuando iba a presentarse ante Dios! ¡Y con que expresión me lo había dicho! ¡Y cómo la había acatado el público! Sin protestar, antes bien confirmándolo con el gesto despectivo que me puso. Sentía en mi pecho un volcán que me ahogaba materialmente. Cuando al domingo volví a la iglesia, temblaba al pasar junto al grupo divino, que parecía decirme con su idilio eterno: ¡Usted... no es nadie!

Aquel mismo día, después de los oficios protestantes, me quedé solo en la iglesia, la tranquilé por dentro, corrí a los pies de la Virgen y dejé estallar el fuego interior que me consumía. Me postré de rodilla, me tiré al suelo, lloré, grité... Era ya entrada la noche cuando pude serenarme y salir. Pero antes de abrir la puerta me volví a postrar por centé-

sima vez ante aquella divina estatua y a decirle también por centésima vez:

—Sí: no soy nadie; mas procuraré consagrarme a Ti, para ser tanto como el que más.

P. Celso García, Agustino.

Variedades Respuesta sublime

Es alta noche; sobre los verdes campos de Rusia, cubierta de un manto de nieve, duerme o más bien muere, la «Grande Armada», sólo Napoleón vela, y oculto bajo un abrigo de soldado recorre silenciosamente el campamento. De pronto la luz de una tienda le llama la atención.—¿Quién puede velar ahora—dice el héroe—tras tan sangriento combate?

Los centinelas no lo saben. «Es el Coronel Drouff que trabaja y reza», dicele al fin uno de ellos. Napoleón calla.

Al día siguiente Drouff se bate como un león sobre el campo de batalla. «Coronel—dice el Emperador al valiente,—desde hoy sois General y mi ayudante de campo. Mas ¿de dónde sacáis tanta fuerza y valor?

Majestad, responde entre algunas palabras de agradecimiento el nuevo General, «de que no temo ni a los hombres ni a la muerte: sólo temo a Dios»

Anécdota

Un día en una reunión íntima Napoleón presentó la mano a su madre, Leticia Bonaparte, para que se la besase. Ella, empero, la rechazó con prasteza.

—¿No soy yo vuestro emperador? —le dijo Napoleón.

—¿No soy yo tu madre, y tú antes que todo mi hijo? —le respondió.

Y entonces, Napoleón sin replicar besó la mano a su madre, la cual añadió:

—Bien lo sabes: en público te trato con todo respeto, pues soy tu súbdita: pero en particular, soy tu madre y aun cuando tu digas: «Yo quiero», yo puedo responderte: «Yo no quiero».

De esta mujer se ha dicho, que si fué madre de reyes, fué sobre todo una madre de familia.

Un escritor que ha visto de cerca Rusia, M. J. Doniller nos descri-

be una escena desoladora, donde vemos como se destruye allí la fe de los niños

El Maestro.—Dime, Juanito, ¿haces tú oración a Dios?

El Niño.—Sí, compañero, yo hago oración a Dios.

Maestro.—Y ¿tu Dios te da lo que pides?

El Niño se calla.

El Maestro.—¿Quieres tu probar pidiendo enseguida a Dios que te de pan? ¿Debes de tener hambre?

El Niño.—¡Ojalá sí, tengo hambre.

Maestro.—Perfectamente. Entonces pide a Dios, que acaso sea tu Cristo y El te dará pan.

El niño se santigua y hace su oración. Un instante después se reproduce el diálogo.

El Maestro.—¡Ahora bien! Juanito, ¿te ha dado tu Dios el pan?

El Niño.—No, compañero.

El Maestro.—Ya vez lo que es tu Dios. En vez de pedirle a El pídeselo al compañero comunista, dice. «Dame pan compañero comunista». Y verás como el compañero te lo da.

El Niño.—hambriento obedece y repite dócilmente.

—Compañero, dame pan, yo te lo suplico.

Y el compañero triunfante, da al niño de ocho años un pedazo de pan, que viene sin embargo de Dios a pesar de todas sus negaciones y sus blasfemias.

GIROS POSTALES PENDIENTES DE APLICACION

Las fechas son las en que se han recibido, aquí.

Núm. 688. Blanco, Santiago (Coruña.) ptas. 10.—20 de Enero 1921.

Núm. 83. D. Bernardo de Morales Zamora. pta. 6.—10 de Marzo 1923

Núm. 591. R. C. de Ntra. Señora del Recuerdo. Madrid. ptas. 12.—22 de Marzo 1923.

Núm. 999. — D. Teófilo Jansequi. Pamplona. Ptas. 23'50.—4 Diciembre 1926.

Núm. 14 Sra. Marquesa de San José. (Sevilla.) ptas. 24.—7 de Octubre 1927.

Suplicamos a los Sres. imponentes de estos giros hagan el favor de escribirnos diciendo el nombre y domicilio del suscriptor o enviando la tarjeta con que reciben el periódico y a qué se ha de aplicar el importe del giro.

Tip. LA LECTURA POPULAR.—Orizaba